

SAMUEL BLIXEN: TODO UN TALENTO

En el primer junio de este siglo—más precisamente el 17 de ese mes—los editores Dornaleche y Reyes sorprendieron gratamente al lector montevideano con la entrega inaugural de "ROJO Y BLANCO", un semanario que habría de sobrevivir hasta el 10 de enero de 1903, en que apareció el N° 108.

Durante esos dos años y medio de trayectoria en la prensa nacional, desfilaron por las columnas de la prestigiosa publicación valores de la talla de Arturo Simón Pastor, Julio Herrera y Reissig, Emilio Frugoni, Leoncio Lasso de la Vega, Isidoro de María, Raúl Montero Bustamante, José Enrique Rodó, Carlos Roxío, Joaquín de Salterain, María Eugenia Vaz Ferreira, Jules Supervielle y Constantino C. Vigil.

Esa constelación intelectual de fines del Siglo XIX y comienzos del XX reconoció el acierto de confiar la Dirección de "ROJO Y BLANCO" a Samuel Blixen, uno de los auténticos pilares en el área cultural de su tiempo, donde halló reiteradas oportunidades de demostrar su preclara inteligencia.

Había nacido en Montevideo en 1868, y apenas ingresado en la adolescencia empezó a sobresalir en todo ambiente que frecuentara. Carlos Roxío—que alguna vez lo declaró su amigo predilecto—presintió la progresiva maduración de esa personalidad en cuanto leyó los primeros intentos de Blixen en la crónica montevideana, de la que fue privilegiado narrador.

No llegaba aún a la segunda década cuando su pluma se entintó en la aguda observación de la época; y en "La Ra-

zón" reveló—a través de artículos que firmó como "Suplente" o "Uno de la platea"—una irrefrenable pasión por el teatro, que algunos calificaron de enfermedad juvenil que se aliviaría con el tranquilizante de los años; pero, lejos de ello, de la crítica teatral desembocó en la autoría, y aunque en esa materia nunca alcanzaría la cota de excelencia que logró en el periodismo, igualmente cedió a la historia de la escena uruguaya algunas piezas que uno de sus biógrafos estimó como aportes interesantes a la dramaturgia nacional, en momentos en que empezaban a oxidarse los puñales de los dueños criollos, y otros personajes alejados del gauchito subían a los escenarios capitalinos.

Antes de que expirara esta centuria, los comentarios teatrales de Samuel Blixen eran lectura ineludible para los amantes del género. Tuvo la fortuna de ver espectáculos finiseculares animados por auténticos "monstruos sagrados" en la alta comedia, la ópera y el concierto. El gran teatro fue uno de los santuarios emblemas clásicos de la "belle époque" montevideana; y "desde su butaca", justamente, Blixen aplaudió a la Duse y la Bernhardt, a Coquelin y Novella, al famoso binomio de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, a María Tubau y Tina di Lorenzo, a la Patti y la Barrientos, a la Tetrazzini y la Darcile, a Stagno y nuestro Oxilia, a Camilo Saint-Saens y Toscanini, a Tamagno y el gran Caruso.

Para Blixen, la sala teatral era un templo sagrado al que no podía ofenderse con la tos del espectador, siempre inoportuna, siempre odiosa. Cierta vez, en sus "Impresiones de Teatro" (1894) fustigó a "los mal educados que van al teatro a descargar, en violentos y conti-



REPRODUCCIÓN FACSIMILAR DE LA CARATULA DEL N° 27 DE "ROJO Y BLANCO", EL SEMANARIO QUE APARECIÓ CON EL SIGLO XX BAJO LA DIRECCIÓN DE SAMUEL BLIXEN

nuos accesos de tos, la irritación de sus bronquios o las molestias de sus crónicos catarros". Y terminaba recomendando para resolver esa situación, "el Regaliz pectoral a la Brea, y el Bálsamo de Tolú, de Quesada (con dos eses), "Maravilla Curativa" del célebre doctor Humphreys... y la SENEQUINA, el espectorante más agradable y más poderoso, así como las Píldoras Milagrosas de Catramina de Bertelli".

Como crítico teatral—eludía aceptarse como tal—fue tolerante con los errores escénicos. Ampliando esa característica, el citado Roxío alude a otras mercedablemente señalables: "Era el más popular, el más simpático, el más agudo, el más elegante, el más abundoso, el más flexible, el más observador, el más erudito y el menos hiriente de nuestros escritores".

Blixen nunca le dio demasiada importancia a su título de Doctor en Jurisprudencia obtenido a los 20 años, como tampoco se le concedió al profesorado de Literatura en cuanto a la regularidad de la asistencia a clase; pero, en cambio, sus espaciadas apariciones eran muy disfrutadas por los alumnos, que medían el talento y la amenidad docente de aquel hombre que sentía intensamente el goce de vivir, "gustando de las rosas, la música, el verso, la elocuencia, el trato indulgente, el coque agudo, las viandas finas, los caballos magníficos, las voces celestiales, los cuerpos escultóricos y la hermosura; en fin, bajo todos los múltiples aspectos de la santa hermosura".

Fue, asimismo, durante un lapso más o menos breve, Secretario de la Cámara de Diputados. El aspecto administrativo de la función apenas le preocupó; se interesó, sí, por evitar que los oradores cayeran en excesos discursivos, aprobándolos desde su puesto con discretos movimientos de cabeza, o reprochándolos con penetrantes miradas de sus ojos claros.

Esta descolante figura desapareció en plena madurez. Tenía 42 años cuando, en la tarde del 22 de mayo de 1909, la muerte le dictó su absurda sentencia. En un agónico susurro repitió: "Me voy... me voy", terminando así su ilusión de que la vida lo defendiera a las puertas de su definitiva noche... "extrañado de que el sol, la belleza, la dicha, la bondad, todo lo que adoró, cupiera en el hueco que iba a recibir la terrena envoltura de su alma de niño optimista y misericordioso".



EL NOTABLE ESCRITOR Y PERIODISTA SE PRESTABA PARA EL TRAZO CARICATURESCO, DONDE SE EXPLOTABA INFALIBLEMENTE EL HABANO INFALTABLE EN CADA JORNADA

"CUERPO HERCULEO, DE PECTORALES AMPLIOS Y TORSO DE PUGIL", ASÍ DEFINÍA FÍSICAMENTE A BLIXEN SU ENTRAÑABLE AMIGO CARLOS ROXÍO.

